

## El fenómeno de la droga como capital simbólico y hecho social total

**Juan-Luis Recio Adrados, Ph. D.**

Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Instituto Complutense de Drogodependencias.  
Universidad Complutense de Madrid.

*El concepto de capital simbólico de Bourdieu y la consideración de la droga como fenómeno social total ayudan a comprender las funciones manifiestas y latentes desempeñadas por el mismo (implicación en la estructura social global). El diferente grado de presencia o exclusión de los distintos discursos sobre la droga en los medios de comunicación permiten poner de manifiesto las relaciones de apropiación y conflicto con ocasión o a través de dichos discursos.*

*El discurso de los adictos, ex-adictos y familiares configura su condición de agentes productores, reproductores y dinamizadores de la misma estructura social y de sus colectivos (Giddens) cuando los centros asistenciales y la política de drogas tienen sentido normalizador.*

*El discurso político puede también optar por la instrumentalización del capital simbólico de la droga cuando no presta atención a las demandas de la vida cotidiana o mundo vital de los afectados. Para equilibrar las presiones de agentes en posiciones sociales influyentes, entre ellos los responsables de los medios de comunicación, el político encuentra en los órganos científicos de base amplia, no corporativistas, sus naturales aliados en el ejercicio de sus funciones de prevención y asistencia necesitadas de evaluación. De esta forma, el político contribuye a hacer partícipes del capital simbólico generado por la droga a todos los concernidos evitando la función latente de su monopolización en provecho propio.*

*Bourdieu's concept of symbolic capital and the total social phenomenon of drug abuse help to understand both its manifest and latent functions, namely its interpenetration with the global social structure. The extent to which mass media either give coverage or omit the various discourses on the drug scene give evidence of appropriation and competitive relationships among them regarding symbolic capital.*

*The discourses of addicts, ex-addicts and relatives shape up their condition of agents that produce and reproduce social structure as well as foster change both in social structure and in their own collectives, provided drug policy and the care network follow the normalizing trend.*

*Politicians may find their natural allies to carry out prevention and care policies, subject to evaluation, in the broad based stable scientific committees, not of the corporativistic kind, so as to outweigh the heavy influence of mass media holders. This way the drug grounded symbolic capital may be shared by the politicians among those affected and ready to help, thus avoiding its monopolistic appropriation.*

### 1. Introducción

El objeto de este artículo es uno de los tres componentes de la toxicomanía, tal y como la definió Olievenstein: "encuentro de un producto, de una persona y de un momento sociocultural". Una comprensión cabal del fenómeno de la droga en la sociedad española requeriría un análisis de su proyección en la totalidad de la estructura

social, análisis que nos facilitarían, entre otras, algunas de las contribuciones teóricas sobre dicha estructura de sociólogos como Bourdieu (1991, 1971) y Giddens (1984). Aquí sólo intentaremos una primera aproximación sirviéndonos de los conceptos de capital simbólico y de sus concepciones de la estructura social. Para Bourdieu, "capital simbólico" es el poder detentado por un grupo o colectivo (no

necesariamente una clase social) para controlar en beneficio propio el conjunto o parte de las representaciones mentales o cosmovisiones de una colectividad. Tradicionalmente, las religiones han sido el principal componente de este capital al lograr movilizar y controlar a la mayoría de la población. Pero, en la actualidad, la pluralidad de las cosmovisiones, unida al alto grado de diferenciación estructural de la sociedad postmoderna, ha permitido la difusión de universos simbólicos parciales, como el creado en torno a la droga, capaces en mayor o menor grado de emular el papel de las religiones. El complejo sociocultural de la droga, —con sus componentes, morales, psíquicos, estéticos, económicos, políticos y biológicos—, verdadero fenómeno social total, actúa como catalizador simbólico, que los distintos grupos e instituciones tratan de manipular y controlar en beneficio de sus intereses. Las prácticas sociales, en relación a la droga, de estos grupos e instituciones, liderados por sus agentes, se orientan, por tanto, a poner en juego sus normas y recursos (Giddens) con el fin de maximizar dicho capital simbólico. Consideramos, por tanto, la variedad de discursos sobre la droga como prácticas sociales realizadas por una variedad de actores que ocupan posiciones en la estructura social y que mantienen relaciones que expresan sus intereses. (Por acotar el terreno, preferimos dejar fuera de nuestra consideración las posiciones ocupadas por una variedad de mafias o grupos organizados de narcotraficantes porque creemos que todavía no han aflorado datos suficientes para establecer sus conexiones sociales más importantes, dada la complejidad y opacidad que caracteriza, en todos los países occidentales, a los mecanismos financieros). De las prácticas discursivas surgen tanto modificaciones pretendidas de las conductas y de los diversos subsistemas componentes de la estructura social, como también consecuencias inesperadas de las mismas.

## 2. El discurso asistencial

**E**l discurso asistencial apareció como respuesta a la epidemia de heroína de los 80 (Asociación para el estudio y promoción del

bienestar social, 1987). Buscaba este discurso la normalización de la atención con el fin de evitar la marginalización de los usuarios de los servicios de asistencia, cuya instalación con frecuencia encontraba la respuesta de la insolidaridad ciudadana. El enfoque psicosocial normalizador se imponía así al enfoque represivo en todos los niveles de las administraciones públicas y puede considerarse, por tanto, un éxito humanizador del sistema y de los líderes político-técnicos que lo desarrollaron sobre todo en las administraciones municipales. Fueron estos mismos técnicos, junto con algunos colaboradores profesionales, los principales generadores y difusores del **discurso de la normalización**.

Este tipo de discurso no difiere demasiado del de otros países europeos. Sin embargo, no suele ir acompañado (como en el caso de Holanda) de una veta liberal oficial que roza la propaganda de la tolerancia del consumo de cannabis más allá de cierta permisividad. La excepción, entre nosotros, fueron las anecdóticas *boutades* de algunos políticos, por ejemplo, en el contexto populista de su contribución a la "movida" madrileña. **Sectores minoritarios de la intelectualidad, de la creación artística y de la moda** se apuntaron gustosos, con cierta frivolidad, al complejo cultural de la "movida" (muchas veces incentivado con subvenciones públicas), al parecer más proclives a promocionar su imagen que a ponderar su responsabilidad social. El discurso normalizador, sin embargo, entró en contradicción práctica con el carácter especializado que forzosamente hubieron de tomar dichas redes ante las insuficiencias de la sanidad pública para afrontar con éxito una asistencia para la que no estaba preparada. La especialización de los miembros de estas redes hubo de producirse sobre la marcha ante la novedad del reto, pero la práctica respondió, en general, a las expectativas de los usuarios gracias a la flexibilidad y cercanía de los administradores municipales. No es fácil decir en qué medida la actitud comprensiva de los poderes públicos en la última década se vio afectada por el discurso estético-moralizante (en defensa de la libertad del consumo como parte de un estilo de vida) de

algunos intelectuales que surgieron como corifeos de ciertas subculturas juveniles más o menos miméticas de las norteamericanas de la anterior década. Parece que las **administraciones públicas**, en general, optaron por un discurso intermedio o equidistante del de estos intelectuales liberales y del de los padres de adictos. Pero su práctica discursiva principal fue la justificatoria de su promoción de redes asistenciales de proclamado carácter normalizador.

Al mismo tiempo, el discurso promovido desde la Administración en torno a la iniciativa privada y, en particular, a las comunidades terapéuticas, por su carácter restrictivo, evidenciaba la pugna por el capital simbólico, ligado a la orientación y a la finalidad de los tratamientos ("libre de drogas" frente a "reducción del daño"). Sin embargo, habría que destacar una significativa excepción, en que se logró un alto nivel de cooperación durante la última década, entre alguna de estas comunidades de carácter privado y las administraciones públicas en general. Ambas partes supieron intercambiar recursos y legitimación en vista de los excelentes resultados de tratamiento y reinserción obtenidos por dicha comunidad a pesar de las eventuales divergencias ideológicas.

### 3. El discurso de los medios de comunicación social

Los agentes con mayor influencia en los medios de comunicación casi siempre se han decantado por los extremos de la noticia sensacionalista y trágica, por un lado, y del reportaje estético o de moda sobre las distintas subculturas juveniles o adultas, por otro describir el ocio juvenil del fin de semana e interpretarlo según determinadas perspectivas teóricas no es, desde luego, hacer apología de los abusos que puedan cometerse durante la situación de fiesta. Lo que sí constituye la repetición frecuente de esta práctica social por la prensa de gran difusión es una cierta **normalización** de la misma, quizá como consecuencia inesperada de tal publicidad. Sin duda los jóvenes construyen durante la fiesta una identidad compartida, si bien

los intérpretes de esta fiesta recurren, quizá de forma inconsciente, al efecto ideológico persuasivo de lo verosímil y de lo implícito cuando silencian que no más de una cuarta parte de la juventud participa con alguna frecuencia de dichas prácticas. Lo mismo ocurre cuando las interpretan como situaciones de doble vínculo de "desobediencia debida", que los padres fomentarían al verlas como ejercicio de emancipación y autonomía progresiva, aunque conscientes de que conllevan infracciones de normas de la sociedad adulta. Por un lado, este discurso tiende a "glamorizar" a dichas subculturas juveniles. Por otro lado, en general, no se detiene a analizar algunas de sus causas más importantes. Entre las primeras, el diverso grado de tolerancia y socialización eficaz por los adultos y el distinto grado de madurez e identificación con ellos de los jóvenes. Un reciente estudio sobre el consumo de alcohol en Bilbao (Basabe y Páez, 1992) reconoce que el consumo juvenil es principalmente bajo y moderado. Sólo un 18 por 100 de los jóvenes entre 13 y 25 años (media de 19 años) consumen con exceso durante el fin de semana. La proporción era algo superior en San Sebastián entre los escolares de BUP y FP, llegando a un 24 por 100 (Elzo y cols., 1992). Evidentemente las tres cuartas partes de la juventud se merecen otras interpretaciones, aunque no sean tan llamativas ni brillantes. Aunque las elites rara vez producen un discurso público sobre el tema, no deja de ser curioso el que algunas **elites económicas y de los medios de comunicación** figuren, o hayan figurado hasta hace poco, en los órganos directivos de algunas fundaciones benéficas contra la droga mientras dan cabida en sus medios no sólo a una variedad de discursos contradictorios (hasta ahí el ejercicio normal del debate en las tribunas de opinión), sino a una evidente ambigüedad en la elaboración de las noticias, exponente de la frivolidad del problema. Lejos de estar ante un hecho anecdótico, el síntoma plantea la necesidad de que el científico social no se limite a ejercer de ensayista más o menos brillante, sino que explore en profundidad la relación entre las posiciones de

poder social y económico como las de los grandes propietarios de medios, los incumbentes del poder político y los discursos dominantes de entrambos sobre el fenómeno social de las drogas. ¿Cómo documentar estas relaciones y las implicaciones que, sobre todo desde el poder político se habrían intentado (o habrían debido intentarse) en la última década? Ante las evidentes connivencias, ¿cabría esperar prácticas políticas correctivas de la frivolidad? ¿No han sido algunos medios y sus responsables protagonistas importantes del incremento de su capital simbólico a expensas del discurso y la práctica ambivalente sobre las drogas? Tema delicado éste, que, sin embargo, no pueden dejar de abordar quienes se sienten responsables de activar la prevención.

#### 4. El discurso desde el contexto familiar

**N**o menos significativo sería documentar la existencia de otros discursos, ligados a las posiciones de otros actores de la estructura social, que apenas han encontrado cabida en los medios de comunicación ni en la atención de los intelectuales de moda. Nos referimos, entre otros, al discurso de las familias, al discurso moralizante de las religiones .históricas, al discurso de los líderes del movimiento de reinserción social y laboral, al de la izquierda cristiana –sin duda minoritaria, pero crítica con fundamento–, al de las víctimas de la violencia y la inseguridad relacionadas con las drogas y al de los médicos de asistencia primaria, por sólo citar algunos de los agentes y posiciones estrechamente ligados al ambiente de la drogadicción legal e ilegal, objeto de imprescindible estudio para una contextualización del fenómeno global de la droga. Uno de los discursos inhabituales en los medios y en el sistema educativo es el del sentido de la vida, cuyo escaso cultivo es uno de los factores predictores del abuso de drogas. Un ilustre catedrático de psiquiatría, Enrique Rojas, describía en una reciente conferencia la variedad de estados de ánimo que propician la evasión a través de las drogas: el aburrimiento, la sed de aventuras para

escapar del encuentro consigo mismo, el vacío espiritual, la fascinación por la moda, etc. Es evidente la relación entre estos factores y las serias carencias de la legislación educativa de la última década: postergamiento de la filosofía, del hecho religioso (aunque aquí las responsabilidades se comparten con quienes se empeñan en una enseñanza concebida como catequesis en la escuela) y, en general, de las humanidades. ¿Cómo han podido ignorar los autores de los planes de estudios los hallazgos universales de la investigación científica acerca del valor preventivo o protector de las creencias frente al eventual abuso de las drogas y otras formas de conducta desviada? (Elzo y cols., 1992). Si la reciente encuesta de Demoscopia sobre los universitarios españoles revela que al menos el 61 por 100 de los mismos se considera católico y alrededor del 75 por 100 dicen creer en Dios, la escasa relevancia del discurso católico sobre las drogas en dichos grandes medios de opinión parece sugerir un intento de imponer un universo simbólico, creación de intelectuales de moda y cuando menos desorientador, en perjuicio de actitudes y valores de innegable eficacia preventiva. Se cantaron las excelencias de una reforma escolar de gran calado y de la “transversalidad” de la promoción de la salud, sin buscar los recursos que la hiciesen posible. Desde posiciones partidistas, se pretendía conservar y ampliar el capital simbólico de determinados colectivos, aunque no podía desconocerse que la oferta contenía más promesas huecas que realidades sólidas, que habrían de haberse pactado con los afectados. Bastaría aludir a la general inoperancia de las A.P.A.S. como síntoma de un planteamiento impositivo y erróneo. Otros contextos en los que se proyecta el fenómeno total de la droga son el microcontexto familiar y el de las relaciones entre iguales y el de las pandas juveniles. Nadie duda acerca de la eficacia de la transmisión de los valores en la socialización familiar, cimentada en la preexistencia de lazos afectivos mutuos (Brook, 1990). Sin embargo, el discurso de la gran mayoría de las familias no llega nunca a articularse con

resonancia pública excepto en los casos dramáticos de drogadicción. Tampoco el de los grupos de amistad ni el de los amplios movimientos deportivos, culturales y religiosos de carácter juvenil, mientras que se ofrecen amplios y repetidos reportajes sobre los grupos violentos y desviados.

Mayor audiencia y plataforma han conseguido, aunque siempre menor que la ofrecida a los estilos desviados de vida, las **familias de los adictos**. Muchas de ellas se organizaron en asociaciones y elaboraron un discurso, por un lado, defensivo, para obtener el apoyo de las administraciones públicas y, por otro, agresivo frente al narcotráfico y frente a la, para ellos, insuficiencia y lenidad de la respuesta policial y judicial.

### 5. El discurso profesional

**E**l discurso profesional requeriría un análisis plural de cada una de las principales profesiones concernidas, que aquí no es posible. En general, ha mantenido un cierto nivel de diálogo corporativo con las administraciones públicas a través de sus sociedades científicas, que han recibido de las mismas un continuo, aunque modesto, apoyo. No han faltado algunas voces críticas, aisladas, por razones obvias. En todo caso, no puede hablarse de una institucionalización de dicho diálogo. Tampoco lo ha facilitado la multiplicación de las esferas administrativas y de sus burocracias con la asunción de responsabilidades por la Comunidades Autónomas. Dos de estos profesionales, en un artículo sobre el estado de la investigación evaluativa de la prevención, comentaban críticamente la constante aparición de nuevos programas por razones políticas, es decir, buscando autolegitimación, de acuerdo con la filosofía de que hay que hacer algo para que la sociedad lo vea (Froján y Santacrú, 1995). Fluía de su análisis la conclusión de que era necesario institucionalizar los controles científicos tanto en el área de la prevención como en todas las demás actuaciones financiadas con fondos públicos.

### 6. El discurso político y el caso de la politización de la prevención

**D**e hecho, el frecuente discurso político sobre la prevención no se tradujo, en la última década, en partidas presupuestarias de alguna entidad a diferencia de la muy importante atención económica prestada al tratamiento. Hace ya varios años que uno de los principales expertos del ramo se lamentaba de la burocratización de las instituciones públicas en cuyo marco se venía produciendo la prevención, "lo que se agrava con las tensiones políticas entre instituciones de distinto signo,...la sumisión de los aspectos técnicos a criterios políticos que pueden ser peregrinos o contraproducentes" (X. Ferrer, 1992). En prevención, quizá el mayor esfuerzo haya sido el realizado en los programas escolares, pero parece que también allí se trataba más de monopolizar un capital simbólico en juego, el de la mayoritaria enseñanza pública en beneficio de los propios intereses, mucho más que de dialogar y consensuar con maestros y padres unos planes de actuación suficientemente avalados. Un plan autonómico escolar con casi diez años de actuación y muy importantes inversiones de fondos públicos, no ha producido hasta la fecha ni un sólo artículo de rango científico para dar cuenta de sus resultados.

Algunos analistas norteamericanos (Szasz, 1987) toman distancia de las políticas gubernamentales contra la droga considerando que sólo sirven la necesidad inconsciente que toda sociedad tiene de conjurar sus fantasmas y anatematizar a algún chivo expiatorio mediante rituales mágicos que exorcizan sus culpas colectivas. Pero, ¿por qué precisamente las drogas? Quizá por su naturaleza polifacética o, todavía mejor, porque las prácticas sociales sobre las drogas, discursos incluidos, son, en nuestra sociedad fragmentada y dispersa, unos de los comodines o instrumentos más manejables con que cuentan los actores del poder —económico, político, militar, simbólico,...— para afianzarse y engrandecerse. Ya hemos visto como las prácticas discursivas dominantes en los medios

de comunicación más influyentes se caracterizan por su ambivalencia y frivolidad. Estas funciones de capitalización simbólica, y no tan simbólica, pueden en ocasiones no ser pretendidas, sino inesperadas o emergentes, pero, en realidad, rara vez lo son. Los detentadores del poder suelen conocer sus bazas. El ideólogo del hedonismo sabe que juega con fuego. El propietario de los medios de comunicación quiere atraer publicidad y rentabilizar su capital.

En general, los poderes públicos no enfatizan tanto los peligros de las drogas legales como los de las ilegales aunque el daño colectivo, sanitario, social y posiblemente económico, sea mucho mayor para los directamente afectados y para la sociedad en su conjunto. La instrumentalización de la política de la droga, característica de la última década podría documentarse, ante todo, con el constante desfile de nuevos responsables al frente del Plan Nacional, síntoma evidente de inconsistencia y falta de metas claras. Sólo se realizó un estudio epidemiológico nacional al comienzo y otro al final de la década imposibilitando así el establecimiento de tendencias, ciertamente paliado por el buen funcionamiento de una red de vigilancia epidemiológica mediante indicadores indirectos. El Plan optó por recabar la cooperación puntual, pero no estable, de unos pocos científicos de las Universidades e institutos de investigación públicos. De esta forma, pudo maximizar su libertad para elaborar su discurso oficial sobre las drogas, principalmente en diálogo con los profesionales de la asistencia y con las asociaciones ciudadanas, aunque de hecho, por omisión, también aceptaba el discurso dominante, aquí caracterizado, de ciertos medios hegemónicos de comunicación social ligados a la anterior Administración.

## 7. El discurso economicista, el discurso religioso y el radical

**E**l discurso **economicista** simplifica esta múltiple referencia estructural del fenómeno de la droga para señalar en exclusiva la real e importante referencia a la base económica del

fenómeno. Son muchos los estudios que señalan la importancia del paro (Informe Petras, 1996) y del subempleo como factor de riesgo del consumo a través de las condiciones depresivas y, en algunos casos, de la entrada en el mercado de la droga como alternativa desviada al trabajo escaso o precario.

Tampoco es frecuente la difusión en la prensa hegemónica del **discurso radical**, estrechamente ligado al economicista y que, como aquel, encierra una buena parte de verdad. La base teórica inicial es la bien conocida de la anomia o de la tensión, que atribuye la conducta de droga a una "perversa" disyunción de fines y medios culturalmente legítimos en el marco de una determinada sociedad. El énfasis en los primeros es muy superior al que se pone en los segundos, resultando, entre otras reacciones posibles, una propensión a la conducta desviada para obtener a toda costa aquellos fines. El foco del discurso radical es la carencia de modelos de éxito y logros educativos al alcance de la juventud (Valverde, 1996). Su fallo está en ignorar unilateralmente otros modelos de éxito no menos importantes, sobre todo de tipo ético y emocional. La importancia de los lazos familiares no es exclusiva de las clases medias, por lo que sería necesario referirse con mayor convicción a su potencial preventivo, no dando por descontada la marginalidad sociocultural de las familias de estratos inferiores.

Por otro lado, esta visión de la anomia es demasiado estrecha, ya que omite una singular fuente de inconformismo frente a las normas sociales, a saber el pésimo ejemplo de ciertos sectores dirigentes de nuestra sociedad conocido durante la pasada década como "cultura del pelotazo". Aunque no conocemos ningún estudio que haya rastreado la indudable influencia indirecta de estos modelos de rol sobre el abuso de drogas de nuestra juventud, sería casi imposible demostrar lo contrario. En cambio, el frecuente recurso a la "quiebra de la familia" adolece, aunque por distintos motivos, de falta de contraste con la realidad cuando encuestas recientes han puesto de relieve la ausencia de serios problemas

generacionales y la general satisfacción de los jóvenes con su vida en familia. El foco exclusivo del discurso radical en los sectores marginales revela un admirable compromiso social, pero el problema de las drogas afecta a todas las clases sociales por más que unas tengan más medios para ocultarlo y tratarlo que otras.

El discurso cristiano y de las grandes religiones históricas es bien conocido. Todas ellas exigen responsabilidad acerca de la propia vida y la ajena, ambas expuestas a graves riesgos por el abuso de drogas legales e ilegales. Al mismo tiempo, es conocido el compromiso de las iglesias con los afectados por el abuso de drogas y por sus secuelas en coherencia con la cercanía de Jesús a los enfermos y marginados de su tiempo. Aunque tiene mucho en común con el discurso radical, el discurso cristiano de izquierdas también posee rasgos propios. Opta por los marginales y marginalizados y no teme las consecuencias de su enfrentamiento con las instituciones en su defensa comprometida tanto de adictos y enfermos del SIDA, algunos de ellos con experiencias de cárcel. Un periódico entrevistaba recientemente a un sacerdote, conocido exponente de la izquierda católica militante. El entrevistado mostraba su indignación por el carácter mágico con que "nos han presentado las drogas" y citaba a un ex-ministro que en 1985 decía que los drogadictos no tenían cura y que eran más peligrosos que los terroristas. Además manifestaba no creer en los programas que "se han presentado como salvadores absolutos" de la drogadicción (apuntando a determinadas comunidades terapéuticas de renombre, según él orientadas a las clases medias) y mostraba sus preferencias por la red municipal de los CAD "por ser una terapia enraizada en los barrios" (Vidal, 1997).

## 8. El discurso de los adictos

**S**egún Giddens, todos los colectivos —luego también el de los adictos— exhiben propiedades comunes y desarrollan un sentido inconsciente de confianza en el tejido que forman

sus actividades sociales —de intercambio, apoyo, competencia, etc.— así como en el contexto en que se desarrollan (lugares de mercadeo y consumo, incluso cárceles). Las propiedades colectivas de la sociedad sólo existen, para este autor, en la acción de todos sus agentes y están implicadas tanto en la producción como en la reproducción de los mismos agentes y de la estructura social. Nuestra sociedad no sería, por tanto, lo que es sin la aportación de los adictos, ya que, en parte, puede mirarse en ellos como en un espejo que refleja su hedonismo consumista. No excluimos con ello el que también los adictos contribuyen con su experiencia al cambio sociocultural en una línea de humanización progresiva al suscitar la aceptación de la alteridad y de la solidaridad de los suyos y de los abstinentes. También hay que reconocer a este respecto el papel positivo de los medios de comunicación al difundir en ocasiones este discurso sin ceder a la tentación del morbo sensacionalista.

Es sabido que hace tiempo que los colectivos de ex-adictos y adictos fuera de situaciones de crisis han actuado con eficacia en este sentido humanizador mientras que la sociedad, en buena parte responsable de su adicción, ha ido aprendiendo a abrirles nuevas oportunidades de acción cada vez menos mágicas y más orientadas hacia su reinserción social. Una de las metas de la Medicina Social y Comunitaria, a cuyo cumplimiento se orienta la Ley General de Sanidad de 1986, es precisamente la participación de los colectivos de pacientes y familiares en la planificación y evaluación de los servicios sanitarios, meta aún incumplida. Donati (1994) ha propugnado en el mismo sentido la necesidad de un *feedback* del "mundo vital" de la vida cotidiana para que el sistema sanitario no se anquilese sino que gane en eficacia y eficiencia, que implica satisfacción de los usuarios. La acción y el discurso político ya se han beneficiado de esta escucha y parece que se orientan, como el resto de la sanidad, no sin serias resistencias, a conceder una mayor participación a dichos colectivos incorporando los elementos más válidos de su discurso.

## 9. Conclusión: El actor político y sus alianzas en la sociedad civil

**A**l actor político siempre le corresponderá la función de definición y coordinación, que desempeñará con éxito en la medida en que vaya estableciendo una alianza estable –no coyuntural ni oportunista– con aquellos sectores que mejor representan los intereses sociales globales, es decir los menos corporativistas y estrechos de la sociedad civil. En primer lugar, con las familias en general y con las de los adictos en particular. En segundo lugar, con los maestros que se sientan vocacionados a la especialización en el área de la prevención en el marco de su profesión de educadores. Decimos con los maestros y no con el sistema educativo en su totalidad. Con los profesionales –más que con sus colegios corporativistas– en sus asociaciones libres o en las universidades –al menos en aquellos sectores menos politizados, en que la actividad científica encuentra su clima más connatural, siempre que unos y otras cultiven la ciencia con intención de ponerla al servicio de la sociedad. El sistema político será el primero en beneficiarse de estas alianzas estables, que le permitirán percibir con nitidez el discurso de los sectores más cercanos a la vida cotidiana de la sociedad civil más allá de los estrechos marcos corporativos. Quizá sea el discurso de la ciencia aplicada el que, por su carácter sistemático, le resulte más indispensable al político a la hora de organizar la avalancha de datos y estadísticas que le sirven así como la multiplicidad de discursos opuestos y contradictorios que tratan de obtener su audiencia. Dicho discurso, cuando adopta una perspectiva más humanista que tecnocrática, se opone a la manipulación mágica del capital simbólico de la droga y busca más bien la objetivación de los fines y la racionalidad de los procedimientos con que obtenerlos. En una palabra, recelando de todo dogmatismo, el científico está presto a contribuir a la articulación y normalización de las actividades evaluativas de las que sólo el político tradicional y clientelista puede recelar. De forma coherente, el científico

no teme someter a la revisión continua de sus colegas su propia actividad.

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

#### **Asociación para el Estudio y Promoción del Bienestar Social**

(1987): "Reinserción social y drogodependencias". Madrid.

**Bourdieu, P.** (1991): "El sentido práctico". Taurus, Madrid.

**Bourdieu, P.** (1971): "Une interpretation de la sociologie religieuse de Max Weber" *Archives Européennes de Sociologie*, 3-21.

**Donati, P.** (1994): "Manual de Sociología de la Salud". Díaz de Santos, Madrid.

**Ferrer, X.** (1992): "Respuestas al cuestionario planteado". En G.I.D. *Fundamentos teóricos en Prevención*. Fundamentos, Madrid, 23-60.

**Froján, M. J., y Santacrú, J.** (1994): "Evaluación de programas de prevención del consumo de drogas" *Adicciones* 6: 283-299.

**Giddens, A.** (1984): "The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration". University of California Press, Berkeley, CA.

**Petras, J.** (1996): "El Informe Petras" *Ajoblanco*, N.º 3.

**Szasz, Th.** (1987): "The Morality of Drug Controls". En R. Hamowy (ed.) *Dealing with drugs*. Pacific Research Institute for Public Policy, San Francisco, CA.

**Vidal, J. M.** (1997): "Regresa el cura 'rojo'" *El Mundo*, 4 Mayo, Crónica. 14.

### PALABRAS CLAVE

Capital simbólico de la droga - Fenómeno social total - Estructura social - Agentes colectivos - Discursos - Medios de comunicación social - Familia - Adictos - Religiones y sistemas de creencias - Políticas de drogas.